



LIBERTAD Y DESARROLLO

SERIE INFORME **SOCIEDAD Y POLÍTICA**

Las Ideas de la Libertad y sus Desafíos

Álvaro Vargas Llosa

**SERIE
INFORME**
SOCIEDAD Y POLÍTICA
ISSN 0718 - 4093

Enero 2016

150

ÁLVARO VARGAS LLOSA

Ensayista y periodista peruano. Director del Centro Para la Prosperidad Global de The Independent Institute, columnista del Washington Post y autor de diez libros. Titulado de Historia Internacional en London School of Economics.

CONTENIDOS

RESUMEN EJECUTIVO **05**

1. GRAN RECESIÓN:
EL FRACASO DEL ESTATISMO **06**

2. LA HOSTILIDAD RUSA **08**

3. LA DICOTOMÍA ENTRE
DICTADURAS MILITARES
CORROMPIDAS Y EL
FUNDAMENTALISMO FANÁTICO **10**

4. AUSENCIA DE UN
PARADIGMA EMERGENTE **11**

5. AMÉRICA LATINA:
EL DESAFÍO MÁS URGENTE **13**

6. PALABRAS FINALES **15**

Resumen Ejecutivo

Con motivo de la celebración de sus 25 años, la cena de aniversario Libertad y Desarrollo contó con la presencia de Álvaro Vargas quien fue el orador principal del evento.

En esta Serie Informe presentamos su discurso, en el cual el ensayista y periodista peruano realiza un profundo análisis de todo lo que ha ocurrido en el mundo después del estallido de la burbuja crediticia en Estados Unidos y luego en Europa.

Vargas Llosa hace ver que esta Gran Recesión -como fue llamada- no fue el fracaso de la libre empresa, sino del estatismo y define 5 grandes desafíos para los defensores de la libertad. En primer lugar, asegura que hay que emplear los buenos ejemplos y las buenas ideas para despejar el camino de todas las versiones fantasiosas que han prevalecido acerca de lo que fue la Gran Recesión y que han implicado un serio retroceso en las ideas de la libertad en amplios sectores en los países más avanzados, como Estados Unidos y Reino Unido.

En segundo lugar, destaca la gran hostilidad de Rusia, donde Putin ha hecho intervenciones militares descaradamente injustificadas en amplias zonas, e incluso, ha decidido convertir la dictadura sanguinaria de Bashar al-Assad en un protectorado moscovita. Siendo Rusia el país más grande del mundo, es suficiente para representar una seria amenaza.

El tercer desafío, Vargas Llosa lo define como la imperiosa necesidad de acabar con la dicotomía entre dictaduras militares corrompidas y amparadas en la dispensa de la lucha contra el terrorismo, de un lado, y del otro, el fundamentalismo fanático y sanguinario del que el Estado Islámico es la manifestación más delirante, pero no la única.

Un cuarto desafío es la falta de un gran paradigma emergente en nuestros días tras el declive de los BRIC (Brasil, Rusia, India y China).

Por último, destaca como el desafío más urgente América Latina, en donde se puede concluir que el retroceso de los commodities ha sido mucho más devastador de lo que se esperaba para el crecimiento; que ahora se puede distinguir entre quienes parecían ir bien, quién tenía razones para celebrar y quién no; que las mejores esperanzas para la libertad están hoy en los países arruinados por el populismo autoritario de la última década y media; y que el mayor riesgo viene de los países mejor gobernados, donde la frustración ante la desaceleración económica ha permitido un renacimiento populista. En ese sentido, destacada el caso de Chile, en donde estos años rompieron el mito del país perfecto de la región.

1. GRAN RECESIÓN: EL FRACASO DEL ESTATISMO

No falta mucho para que se cumpla una década desde que el estallido de la burbuja crediticia y lo que ha dado en llamarse la Gran Recesión en Estados Unidos y luego Europa hicieron zozobrar al mundo. Todavía debatimos las causas de esa hecatombe y la forma en que se le hizo frente, y sentimos aún sus consecuencias y reverberaciones a pesar del tiempo transcurrido. Consciente o inconscientemente, el mundo intelectual y político donde se forman (y con más frecuencia, deforman) las ideas que determinan el curso de las cosas, lleva unos años construyendo un relato acerca de lo sucedido. A partir de ese relato, han nacido ya en ciertos casos, o están naciendo, las propuestas y prácticas que prevalecerán en los próximos años.

Por eso es de capital importancia que los defensores de la libertad afrontemos con vigor el desafío de impugnar la visión equivocada que se tiene en muchas partes sobre la Gran Recesión y contrarrestar los esfuerzos de muchos despistados o ideólogos antiliberales por retrotraernos a tiempos que creíamos superados.

La Gran Recesión no fue el fracaso de la libre empresa sino del estatismo, esto dicho sin menoscabo de una obviedad: que bajo incentivos perversos, muchos actores privados cometieron excesos irresponsables; hubo entre ellos desde tahúres financieros y empresarios que se endeudaron sin pensar en el riesgo de que no hubiera demanda para tanta oferta hasta familias sin sentido de la relación entre los gastos y los ingresos. Pero la nuez del asunto fue el fracaso del Estado en sus distintas manifestaciones.

Por lo pronto, entre 2000 y 2008, la oferta monetaria creció en Estados Unidos a un ritmo 50% superior al de la economía, abarantando el crédito perversamente y empujando a las familias a reducir su tasa de ahorro al 0%. Todo ello fue acompañado de normas tendientes a dirigir el crédito hacia quienes no podían pagarlo, con propósitos a veces de buen corazón y a veces electorales. Era sólo cuestión de tiempo que el artificio se hiciera trizas.

En Europa, mientras tanto, el Estado del Bienestar que hunde sus raíces en la era de Bismarck pero tiene su génesis moderna en la segunda posguerra mundial, llevaba tiempo fagocitando la mitad de la riqueza; los famosos “PIGS” —el acrónimo en inglés de Portugal, Irlanda, Grecia y España— aumentaron su gasto público un 50% en los cinco años anteriores a la crisis. El euro se convirtió en un mecanismo por el cual el sur se endeudaba con el norte a tasas de interés irreales y el norte les exportaba a los insaciables compradores del sur todo lo que podía gracias a eso mismo. No es de extrañar, teniendo en cuenta esta realidad fiscal y monetaria, que en cuatro décadas Europa haya caído 10% como proporción de la economía mundial.

Eso, en cuanto a las causas de la Gran Recesión. ¿Y cuál fue la respuesta de los gobiernos? ¿Acaso la prudencia monetaria y fiscal, la liberación de las fuerzas productivas constreñidas por esos ogros filantrópicos, para usar la metáfora de Octavio Paz? No: mientras la gente del común trataba de hacer lo lógico —deshacerse de las deudas, reducir sus gastos excesivos, adaptarse a las nuevas realidades—, los gobiernos gastaron más. Entre 2008 y 2013, los estímulos fiscales equivalieron a entre 4 y 6% del PIB en los países desarrollados, y entre 9 y 12 % en los del Asia. A su vez, los estímulos monetarios superaron todo precedente: los activos de los mayores bancos centrales del mundo pasaron de un total de 6,3 billones de dólares (trillones en inglés) a 15,5 billones. Los de la Reserva Federal en los Estados Unidos se multiplicaron por 5, los del Banco Central Europeo por 2,5, los del Banco de Inglaterra por más de 5 y los de China por más de 6. Todo ello equivalió a una creación frenética de moneda artificial que todavía no ha generado inflaciones descomunales por la poca demanda de crédito y el gasto todavía prudente de empresas y hogares que siguen recomponiendo sus finanzas. Pero los estímulos de los bancos centrales entrañarán un reto hercúleo tarde o temprano si se quiere evitar que todo ese dinero artificial salga a disparar los precios cuando la salud financiera de las sociedades se haya restablecido. Por lo pronto, ese dinero

artificial ya ha inflado los activos financieros, especialmente algunas bolsas, en años recientes.

Merecen, en este recuento crítico, un paréntesis elogioso los esfuerzos de algunos gobiernos por devolver algo de cordura a sus finanzas, a sus legislaciones laborales, comerciales y de otro tipo, y por tanto, de entender que no puede ser una buena solución a los problemas de ayer repetir aquello que los causó. En grados distintos y sin menoscabo de lo muchísimo que les queda todavía por hacer, países como el Reino Unido, España, Irlanda y Portugal han hecho bien algunos deberes en años recientes y hoy empiezan a respirar un aire algo más puro. Otros, como Alemania y los países de Europa Central que estuvieron en su día bajo la égida del comunismo, especialmente Polonia y en menor medida la República Checa, habían cometido menos excesos y por tanto sufrieron el embate de la crisis en menor medida, pero también es justo decir que han mantenido unas políticas más acorde con lo que requería la nueva situación internacional, en lugar de abandonarse al desenfreno fiscal y monetario. Gracias a ello, Europa va saliendo poco de la recesión –su economía ha crecido este año un 1%, siendo especialmente destacables los casos del Reino Unido y España, donde el ritmo es dos veces y medio mayor al promedio de los países europeos.

Debemos, como defensores de la libertad, emplear los buenos ejemplos y las buenas ideas para desbrozar el camino de toda la hojarasca que se ha ido acumulando con las versiones fantasiosas que han prevalecido en tantas partes acerca de lo que fue la Gran Recesión. Pienso en la circunstancia poco menos que delirante de que Jeremy Corbyn haya obtenido casi el 60% de los votos en las elecciones internas del Partido Laborista británico y se haya erigido en el nuevo líder de esa agrupación, y por tanto en potencial Primer Ministro, proponiendo estatizar todos los servicios públicos, abolir el pago universitario, eliminar el arsenal nuclear unilateralmente, imprimir cantidades fabulosas de dinero sin respetar la independencia del

Banco Central y revertir los tímidos cambios que se han introducido en los últimos años en instituciones estatales como el National Health Service.

Que su eventual Canciller del Exchequer, es decir Ministro de Hacienda, sea una figura clave del Partido Laborista gracias a que prometió “fomentar el descarrilamiento del capitalismo” da una idea de lo peligrosa que es la deriva de la izquierda británica y europea en el panorama confuso que ha dejado como legado la Gran Recesión. Desandar el camino andado por Tony Blair en su momento a la cabeza del Nuevo Laborismo y bajo el influjo de la “Tercera Vía” de Anthony Giddens es algo que puede llevar a ese centenario partido a perder la próxima elección pero que también representa un síntoma del retroceso que han sufrido las ideas de la libertad entre amplios sectores en los países avanzados.

Un eco de esto se oye también en Estados Unidos, donde un candidato que se proclama “socialista”, palabra que era un anatema allí hasta hace poco incluso en el Partido Demócrata, ha despertado enormes simpatías en una vasta minoría de las bases de dicha organización. El senador por Vermont, Bernie Sanders, propone para Estados Unidos precisamente algunas de las cosas que llevaron al Viejo Mundo a hacer crisis bajo Estados imposibles. Él, y antes que él Elizabeth Warren, hoy senadora pero en su día jefa de la comisión encargada de nacionalizar los activos financieros en problemas tras el estallido de la burbuja, son las estrellas de una izquierda que ha mordido carne dentro del gran partido de Jefferson. Expresan, a su vez, a una corriente de opinión de la que hay manifestaciones diarias en la gran prensa norteamericana, en la llamada cultura popular y en otras áreas de la vida civil.

2. LA HOSTILIDAD RUSA

Un segundo gran desafío que enfrentamos quienes defendemos las ideas de la libertad es Rusia. Como no podía ser de otra forma tratándose de un ex agente del KGB en Dresden, el Presidente Vladimir Putin, que nunca ha aceptado la pérdida de las ex repúblicas soviéticas y considera que Gorbachov y Yeltsin debilitaron a su país ante las potencias occidentales, intenta reconstruir el imperio y dotar a la jefatura del Estado de poderes comparables a los del viejo zar. Putin cree que Moscú, que surgió como el gran Estado eslavo luego de que los mongoles destruyeran la Rusia de Kiev, que aglutinaba a los eslavos emigrados a Europa en la baja Edad Media, está predestinado a ser el centro de poder imperial de esa zona del mundo. Su concepción autoritaria, estatista y hegemónica del rol que le caben a él y al Kremlin se ha manifestado en una hostilidad constante contra las democracias liberales a modo de ajuste de cuentas por haber ganado ellas la Guerra Fría.

Esa hostilidad ha tenido pérfidas manifestaciones. Por ejemplo, el uso del gas y el petróleo rusos, que Putin estatizó por completo, como arma de chantaje, aprovechando que Europa depende de Rusia para el 30% del gas que consume y que le compra la quinta parte del petróleo que importa. En otros casos, Putin ha manifestado esa hostilidad con intervenciones militares descaradamente injustificadas; por ejemplo, en Georgia, donde se apoderó definitivamente de Abjasia y Osetia del Sur, en 2013 en Crimea, y meses después, en Ucrania oriental.

No menos prepotente ha sido su decisión de convertir a la dictadura sanguinaria de Bashar al-Assad, aliada de Irán, en un protectorado moscovita. Rusia ya tenía cierta injerencia en Siria por el control de la base naval de Tartus desde los tiempos de la Guerra Fría, pero ella ha crecido exponencialmente desde que estalló la rebelión contra el régimen de Damasco. Rusia es quizás la razón principal por la cual no ha sido posible derrocar a ese régimen y reemplazarlo por fuerzas moderadas. El envío, hace no mucho, de algunos miles de soldados, así como de aviones de combate Su-305M, aviones de ataque contra objetivos en

tierra, cazas y helicópteros ofensivos da una idea de hasta qué punto Putin considera hoy a Siria su base en el Medio Oriente y cuánto está dispuesto a invertir para impedir lo que él considera, no sin cierta paranoia, una conspiración occidental para capturar esa región y tener al mundo árabe bajo su poder.

Todo lo que hace Putin en política exterior parece tener como misión no tanto el bienestar de sus ciudadanos sino incordiar a las democracias liberales. Hasta la Unión Euroasiática mediante la cual ha intentado someter a algunas ex repúblicas soviéticas con pretextos aduaneros ha tenido ese propósito. Cuando Ucrania se negó y prefirió pactar con la Unión Europea, surgió el conflicto que gatilló la invasión.

Siendo Rusia el país más grande del mundo, todo esto es suficiente para representar una seria amenaza. Pero resulta que Putin también tiene ciertas pretensiones ideológicas. Ciertamente Rusia, cuya economía, dependiente del gas y el petróleo, anda muy maltrecha y últimamente se encoge a un ritmo veloz, no está en condiciones de dar lecciones a las democracias. Tiene un producto bruto igual al de Italia a pesar de contar con una población dos veces y media más grande. Pero la crisis financiera de las democracias liberales y el surgimiento de cuestionamientos de izquierda al modelo de mercado, sumados al resurgimiento del terrorismo fundamentalista islámico después de unos años en que la guerra contra el terror liderada por Washington parecía haberlo contenido, han creado las condiciones para que Putin y otros autoritarios propagandicen su liderazgo como una alternativa eficaz. Así es como hemos visto a figuras políticas y de la cultura popular europea, por ejemplo, precipitarse a Moscú a alabar y rendir pleitesía al nuevo zar.

El autoritarismo siempre ha tenido y tendrá un poder de fascinación sobre ciertas mentes y espíritus. Pero en tiempos de incertidumbre, de revueltas, de fuerzas centrífugas y disgregadoras, lo tiene mucho más. La incompetencia económica no hubiera permitido al nuevo

zar atraer tantos adeptos occidentales y nacionales si no fuera porque el "boom" de los commodities también a él lo benefició enormemente durante varios años. Aprovechó esa bonanza para consolidar su alianza con la Iglesia Ortodoxa, a la que ha hecho concesiones bajo un falso moralismo (ello, a pesar de tener Rusia leyes permisivas en áreas como el aborto y el matrimonio consuetudinario), y para erigir su construcción nacionalista. Aunque en los centros urbanos más grandes Putin es impopular, en muchas otras partes del país es aclamado como un redentor de un pueblo que estaba humillado por las democracias occidentales. Una popularidad que, en vista de la crisis económica, ahora sólo puede sostener con aventuras imperialistas y un discurso ideológico nacionalista que los liberales rusos tratan, en gran inferioridad de condiciones, de contrarrestar.

El terrorismo islámico ha llevado a las democracias liberales, especialmente tras los atentados escalofriantes de París, a aceptar tácitamente que entenderse con Rusia es un costo que vale la pena pagar.

3. LA DICOTOMÍA ENTRE DICTADURAS MILITARES CORROMPIDAS Y EL FUNDAMENTALISMO FANÁTICO

Esto me lleva a un tercer desafío de gran magnitud para el liberalismo mundial: la imperiosa necesidad de acabar con la dicotomía entre dictaduras militares corrompidas y amparadas en la dispensa de la lucha contra el terrorismo, de un lado, y, del otro, el fundamentalismo fanático y sanguinario del que el Estado Islámico es la manifestación más delirante, pero no la única.

El fracaso de la Primavera Árabe es una tragedia moderna. Nació de la manera más inesperada cuando, en 2010, un vendedor de frutas se prendió fuego frente a la alcaldía de una pequeña localidad de Túnez para protestar por un rutinario acto de abuso policial. Pronto, la ira contenida durante tanto tiempo contra los regímenes árabes cundió como reguero de pólvora por varios países, poniendo en jaque a regímenes como el de Egipto, Libia, Yemen y Siria, y en otros casos alborotando ciertas regiones de Arabia Saudita, Bahréin, etc. Pareció por un instante que las fuerzas liberales —que en casos como el egipcio jugaron un rol muy visible— lograrían abrirse paso y que su discurso contra el militarismo autoritario y el fundamentalismo teocrático prevalecería. ¿Había llegado por fin la libertad —concepto múltiple que allí recoge la palabra árabe “hurriyya”— a esa zona donde su ausencia llevaba décadas desestabilizando y enconando a millones de seres humanos y poniendo en riesgo la paz mundial?

Era una ilusión. El triunfador inmediato de esas revoluciones fue la Hermandad Musulmana, organización que había renunciado a la violencia desde hacía algún tiempo, mas no a la visión teocrática del Estado. Aunque eran sunitas, eran enemigos de las dictaduras del Golfo encabezadas por Arabia Saudita; todas ellas, con la única excepción de Qatar, que respaldó las revoluciones, se movilizaron para devolver al Medio Oriente y África del Norte al *status quo* imperante antes de los acontecimientos tumultuosos. En algunos lugares, además, la Primavera Árabe desembocó en luchas tribales entre autoritarios y la práctica desintegración del poder central. Fue así que, un tiempo después, algunos países como Libia y Yemen están convertidos en reinos

de taifas; otros, como Egipto, han visto el regreso al viejo autoritarismo militar y algunos, como Siria, han logrado sobrevivir a medias al impacto revolucionario.

La única excepción es Túnez, donde hay ahora un gobierno de unidad convocado por la fuerza antiislamista que ganó las elecciones y en la que el propio partido islámico que originalmente gobernó el país tras la caída de la dictadura también participa.

Las democracias liberales, que originalmente trataron de impedir el regreso de los autoritarios y preservar la Primavera Árabe, han ido aceptando la realidad binaria que divide ese mundo entre dictadores y fanáticos, en la que los liberales que quieren llevar al Medio Oriente hacia la modernidad son pocos y carecen de poder.

Que hoy ese mundo esté amenazado por el Estado Islámico y muchos otros grupos terroristas obsesionados con instalar el califato y otras formas teocráticas de gobierno, no debe significar que los liberales nos resignemos a que dictaduras putrefactas y bestiales sean el único tipo de gobierno posible. En cierta forma, nada ha alimentado tanto el fanatismo religioso como el hecho de tener gobiernos de esa naturaleza, a los que el miedo al fundamentalismo puede dar cierta apariencia de solidez y apoyo popular momentáneamente pero que, hoy lo sabemos bien, a mediano plazo no garantizan nada más que la indignación. Si no, la Primavera Árabe no habría comenzado ni se habría extendido por tantos lugares, con tanta fuerza, temporalmente.

4. AUSENCIA DE UN PARADIGMA EMERGENTE

El cuarto desafío de nota que comparto con ustedes es de naturaleza distinta y es una ausencia más que una presencia. Me refiero a la falta de un gran paradigma emergente en nuestros días tras el declive de los BRIC, ese acrónimo que estuvo tan de moda hasta hace poco tiempo (y que suscitó variantes enriquecedoras o empobrecedoras, según el cristal con que se mire). Me refiero a China, Brasil, Rusia e India, por supuesto.

El caso chino ha sido un cara y cruz para los liberales desde que ese país despegó gracias a las reformas de Deng Xiaping y sus sucesores. De una parte, está la potencia que liberó parcialmente la energía creadora de riqueza de millones de ciudadanos, que se integró a las cadenas de valor de la economía global, que representa un dinamo de producción y consumo, y que, creciendo a una tasa parecida a la actual, alcanzará al PIB de los Estados Unidos en 2021. De la otra, está el modelo de centralización del poder (y ahora, bajo Xi Jinping, que ha acaparado competencias e influencia para combatir la corrupción de su sistema, más que nunca); la persecución del disidente, del crítico y de los regionalismos o nacionalismos de las muchas partes que componen ese gran rompecabezas al que une el Partido Comunista, organización ideológicamente travesti donde las haya; y, por supuesto, el creciente esfuerzo de afirmación hegemónica, que incluye la creación de una "armada de aguas azules" lejos de sus costas y una serie de reclamaciones marítimas y la fabricación de islas artificiales, y que ha tensado mucho las relaciones con vecinos como Vietnam, Filipinas y Malasia, en el Mar de China Meridional, por donde transita el 30% del comercio mundial, así como con Taiwán, Japón y Corea, en el Mar de China Oriental.

Además, la propia complejidad del modelo estrictamente económico ofrece tantas razones para el entusiasmo como para la alarma. Áreas como el crédito bancario están bajo control directo del Estado chino y bajo un dirigismo netamente político, para no hablar de las muchas empresas estatales y entes reguladores que interfieren por razones poco técnicas en la economía, las trabas a los competidores

extranjeros que operan dentro del país con éxito y la piratería tecnológica.

Hoy China suscita pesimismo internacional desde el punto de vista económico. Creo que la alarma es excesiva. Es natural que una economía de 10 billones de dólares no crezca ya 10 u 11% al año, como cuando representaba 5 billones, y por tanto crecer a dicha tasa implicaba añadir anualmente a la economía unos 500 mil millones de dólares, en lugar de un billón, que es lo que ahora añadiría si mantuviese ese ritmo de crecimiento. Además, la evolución de un sistema que estaba muy basado en el comercio y en una inversión fabulosa pero donde se consumía poco, hacia una economía con fuerte énfasis en los servicios necesariamente entraña un proceso de adaptación tanto para los chinos como para el resto del mundo.

No, lo que preocupa de China, que por otro lado ha logrado cosas admirables, no es eso, sino que las reformas tendientes a liberalizar un país encorsetado por su sistema de partido único y su Estado parecen haberse frenado. Con ello, China tardará todavía un tiempo en ser el gran paradigma del mundo emergente.

Ese paradigma emergente, creyeron erróneamente muchos hace unos años, era Brasil, otro de los BRIC. Y aunque es cierto que la moderación de la izquierda y la aceptación por parte de Lula da Silva de muchas de las reformas que había hecho Fernando Henrique Cardoso constituyeron un avance para la causa de la libertad, el modelo brasileño tenía pies de barro y estaba cantado que se vendría abajo cuando al "boom" artificial del crédito fomentado por el Estado, el gasto público exorbitante y los subsidios masivos le tocaran las doce campanas y, como la Cenicienta, su vestido de gala mudara en una indumentaria ordinaria.

Es una tragedia para América Latina que Brasil no haya tenido una etapa propiamente liberal desde su independencia. Primero fue el imperio, luego la república militarista, después el populismo fascistón de Getulio Vargas, más

tarde las décadas desarrollistas entre los 40s y los 60s, a las que siguió la dictadura y, desde 1980, una democracia en la que ha habido tanta corrupción, una Constitución tan intervencionista y un sistema político tan mercantilista que los chispazos de inteligencia, racionalidad e ímpetu liberalizador, como los de los años 90, no pudieron realmente modificar de forma profunda y permanente las cosas. Hace ya unos cuatro años que la economía brasileña no crece y no se daban años sucesivos de crecimiento negativo o cero desde la Gran Depresión. Esa clase media que irrumpió con fuerza en la escena mundial como símbolo de las masas emergentes ahora tiene miedo, ira e incertidumbre.

Será muy arduo desmontar un sistema brasileño en el que el federalismo no descentraliza sino que superpone burocracias, en el que más de 28 partidos reflejan el caos político, donde instituciones estatales y politizadas como BNDES han controlado el crédito, y en el que el descubrimiento de petróleo bajo capas de sal en el fondo del mar en lugar de servir como punto de apoyo para una gran transformación moderna ha aumentado el proteccionismo y un cuasi monopolio estatal. Sin embargo, Brasil tiene en la oposición y en su vida pública, tanto en el campo de la acción como del pensamiento, gente capaz de poner a ese país en el primer mundo. Allí debemos poner los liberales mucha atención y esfuerzo en los próximos años.

Si China y Brasil no son hoy, por las razones mencionadas, un paradigma emergente, mucho menos lo es Rusia, por lo que vimos hace un momento. ¿Lo es India? Ciertamente se trata de un país mucho más libre en términos políticos que China y Rusia. En varios sentidos comparte rasgos con Brasil. La llegada al gobierno de Narendra Modi despertó mucho entusiasmo después de largos años de predominio del Partido del Congreso, el viejo protagonista de la democracia india que ha construido un sistema asfixiantemente estatista a pesar de las reformas interesantes de los años 90. Reformas que no tuvieron seguimiento y que se quedaron a medias.

Aunque la economía india crece hoy 7% al año y parece haber recobrado cierto dinamismo, todavía no está claro que Modi vaya a reformar todo lo que hace falta y lo que prometió reformar, pues parece algo distraído en esfuerzos relacionados con la cara menos tolerante de su partido nacionalista, la defensa del hinduismo contra las religiones que compiten por el alma y el poder de los indios, especialmente el islam, con el que tiene un viejo entredicho. Dicho esto, parece tener claro que su país necesita un sacudón modernizador en otros sentidos. Mientras tanto, aunque la esperanza sigue allí, sería prematuro hablar de India como paradigma emergente. Vastos sectores de la economía están todavía amurallados contra el mundo exterior y el famoso *license raj*, como se conocía al tinglado burocrático de décadas anteriores, no parece haber desaparecido.

5. AMÉRICA LATINA: EL DESAFÍO MÁS URGENTE

Por último, voy al desafío más urgente, más inmediato desde el punto de vista de quienes estamos aquí esta noche: América Latina. Un vuelo de cóndor sobre la región permite concluir cuatro cosas: 1) El retroceso de los commodities ha sido mucho más devastador de lo que se esperaba para el crecimiento; 2) El nuevo panorama permite distinguir ahora con mucha más claridad que durante los años en que a todos parecía irles bien quién estaba nadando desnudo, como le gusta decir a Warren Buffett, y quién no; 3) Las mejores esperanzas para la libertad están hoy, paradójicamente, en los países arruinados por el populismo autoritario de la última década y media; 4) Los riesgos vienen de los mejor gobernados, donde una cierta frivolidad de niños bien, combinada con muy justos reclamos de clases medias que quieren servicios a la altura del primer mundo y la frustración ante la desaceleración económica, ha permitido un renacimiento populista, a veces en las esferas del gobierno, como en Chile, a veces en otros sectores, como Perú o México.

Una constatación importante, si miramos para atrás un siglo, es que la parte baja del ciclo de las materias primas no necesariamente coincide con el desplome de las democracias o el auge de las corrientes antidemocráticas. A lo largo del último siglo, en tres períodos, en la parte baja del ciclo hubo crisis democrática por la caída de gobiernos civiles o el apogeo de los enemigos de la democracia, pero en dos ocasiones ocurrió lo contrario, es decir, la consolidación democrática coincidió con el decaimiento de la economía basada en las materias primas. En cambio, en la parte alta del ciclo hubo períodos de debilitamiento democrático (por ejemplo, a fines de los años 40, en los años 70, y entre 2002 y 2011). De manera que no hay una relación de causa-efecto directa entre el ciclo y la naturaleza constitucional de los regímenes latinoamericanos. Es una buena noticia.

Pero la contrapartida de esto —la mala noticia— es que sí parece haber una relación más estrecha entre el ciclo y el auge o declive del populismo. Seis veces en el último siglo ha coincidido el auge del populismo en diversos lugares de

América Latina con la parte baja del ciclo de los commodities (lista, por cierto, que incluye lo que podríamos llamar el único caso de populismo “bueno” desde el punto de vista político, pues se trató de una generación —la de finales de los años 50 y los 60— que tenía como objetivo derrotar al comunismo y la lucha armada).

La situación de hoy es en cierta forma contradictoria con estos precedentes. Por un lado, ellos parecen confirmarse en el hecho de que el aumento del populismo como actor político y social en Chile, Perú, Colombia y México, es decir, los países de la Alianza del Pacífico y otros más, coincide, al menos parcialmente, con la parte baja del ciclo (digo parcialmente porque en algunos de estos países los síntomas de rebrote populista ya se daban antes de 2011, cuando las cifras de crecimiento de la región empezaron a declinar). Sin embargo, en otros países latinoamericanos sucede lo contrario: la parte baja del ciclo coincide con la crisis acaso terminal del populismo, empezando por Venezuela, donde el gobierno es hoy masivamente detestado, como lo prueban los comicios recientes en los que ha triunfado la oposición superando mil y un obstáculos. También ocurre en Argentina, donde Mauricio Macri, amigo de muchos de los que están aquí, ha derrotado al infausto kirchnerismo y está asumiendo el poder hoy mismo; en Brasil, donde el repudio al PT es abrumador, y en Ecuador, donde el crecimiento cero viene de la mano, este año, con una ciudadanía que parece haber sido capaz de frenar al mandatario en su pretensión de obtener legalmente derecho a la reelección permanente (no incluyo a Bolivia en la lista porque allí todavía los efectos de la parte baja del ciclo, gracias a los precios del gas que negociaron gobiernos anteriores, no se sienten como en otros países del ALBA).

No hay, desde luego, garantía alguna de que la crisis de estos gobiernos populistas dé paso a gobiernos de orientación liberal. Eso está por verse, como está por verse qué porcentaje de la población pedirá, como alternativa a los gobiernos populistas fracasados, gobiernos aún más radicales en un sentido adverso a la causa de la libertad.

Algunas manifestaciones en Brasil y ciertos elementos que formaron parte de la campaña electoral argentina sugieren que, aunque no son mayoría, muchos ciudadanos hastiados con el estado de cosas imperante desconfían de alternativas liberales; ellos han obligado a los líderes liberales a adaptar su discurso a la realidad populista para no sembrar el miedo hablando de ideas en las que creen pero que representan un riesgo de alto voltaje político. En parte ya lo habíamos visto en Venezuela, en la campaña en la que Nicolás Maduro se hizo reelegir fraudulentamente y en la que Henrique Capriles se vio forzado a adoptar un discurso semi populista porque, de lo contrario, le resultaba imposible ganar adeptos.

No abro aquí la discusión sobre si el problema de los commodities es de precios o volúmenes. Lo cierto es que las sociedades, las empresas y los gobiernos se malacostumbraron a ciertos precios y, desde su *peak* en 2011 o 2013 según de qué materia prima hablemos, el mineral de hierro ha caído 70%, el cobre 46%, la plata 66%, el oro 40%, el petróleo 58%, el maíz 51% y la soja 48%. Aunque es cierto que incluso con la caída muchos de los precios siguen por encima de los que regían en los años 80 o 90, a lo que apunto es que la situación artificial que había producido el aumento desproporcionado ocurrido entre 2003 y 2011 había difuminado la línea divisoria entre quienes hacían las cosas bien y quienes las hacían mal. El billón de dólares que ingresó al Fisco venezolano durante el chavismo y el billón que le representaron a Argentina las ventas al exterior de granos y oleaginosas dieron a los ciudadanos que viven bajo los regímenes populistas una falsa sensación de prosperidad. Algo similar ocurrió en el Brasil del PT. Eso no permitía diferenciar bien lo que allí sucedía de lo que pasaba en países como los de la Alianza del Pacífico, donde las cosas, aun sin ser perfectas ni mucho menos, tenían bases bastante más sólidas.

Ahora todo está más claro. Venezuela y Brasil tienen un crecimiento negativo pronunciado y Argentina ha dejado de crecer, mientras que los maltrechos países de la Alianza, mejor gobernados en años recientes, mantienen un promedio de alrededor de 2,5%. El gran reto, sin embargo, en estos y otros países que estaban más o menos bien orientados, es detener y revertir la ola populista creciente, oponiéndole algo más que un discurso de defensa del modelo: propongamos una nueva serie de reformas audaces, imaginativas y desacomplejadas que hagan ver a la población que las reformas populistas, algunas de ellas realizadas o en proceso de realizarse en Chile en campos como la tributación, la educación y legislación laboral, van a contrapelo de la modernidad y de las aspiraciones de esa nueva clase media que tiene prisa.

Visto desde el exterior, en estos años de deriva populista se ha producido en Chile una cierta desmitificación. Se ha roto el mito de que aquí había un perfecto consenso sobre el

modelo; de que la corrupción era cuestión de países vecinos; de que el horizonte constitucional, salvo pequeños ajustes, estaba despejado; y de que los partidos mayoritarios eran sólidos y estaban a salvo de fenómenos relacionados con la "antipolítica". Hoy se sabe que eso no es cierto y devolver las cosas a su sitio es un gran reto de muchos chilenos y chilenas, entre ellos, algunos de los que están hoy aquí.

Hay razones para el optimismo. El papel que ha jugado la sociedad civil ha sido una sorpresa para quienes gobiernan. En una primera instancia, las autoridades estuvieron dos pasos por detrás de un sector minoritario pero bullanguero de la sociedad civil que exigía hacer retroceder el reloj; luego, cuando la mayoría silenciosa reaccionó escandalizada, las autoridades se frenaron, otra vez demostrando que no estaban a la cabeza sino a remolque de la sociedad civil. Pero la buena noticia es que esa sociedad civil tiene meridianamente claro que no aceptará desandar el camino andado ni renunciar a lo que ha hecho de Chile un paradigma en la región.

Lo ocurrido en Chile en los últimos dos años nos ha recordado a todos algo que no debemos olvidar jamás: que, por fortuna, los seres humanos nunca estamos satisfechos con lo que tenemos, que cada logro despierta el apetito de nuevos logros y que lo que hace posible renovar las expectativas de algo mejor, es decir el progreso, es reversible y por tanto no debe detenerse nunca. Nos ha recordado la exagerada frase de Herodoto: "El más acerbo dolor entre los hombres es aspirar a mucho y no poder nada". El progreso, como hemos visto en Chile, encierra una paradoja y un riesgo. La paradoja es que despierta insatisfacción: con frecuencia una insatisfacción más militante que la insatisfacción resignada de un país estancado. Y el riesgo es que, precisamente por eso, puede sembrar la semilla de su propia destrucción, llevando la insatisfacción al punto de olvidar cómo y por qué fue posible ese progreso.

No me canso de repetir que Chile, que está a pesar de todo a pocos miles de dólares del per cápita de las sociedades desarrolladas, debe mirar con mucho cuidado lo ocurrido en algunos países europeos como España, donde hubo retrocesos que nacieron paradójicamente del éxito. Yo estimo que se debieron, sobre todo, a que en algún punto del camino se rompió la transmisión generacional de los valores y principios, y por tanto las prácticas, que hicieron de ese gran país lo que es. Ideas a un tiempo simples y prodigiosas como que el dinamismo de la riqueza es el trabajo, el ahorro, la inversión y la responsabilidad individual se fueron diluyendo en la conciencia de los ciudadanos: las reemplazaron otras, que desembocaron en la apoteosis de los llamados "derechos" colectivos, el endeudamiento y el consumo fácil.

6. PALABRAS FINALES

Quisiera terminar con un mensaje optimista. Si revisamos la historia republicana de nuestros países, ¿qué encontramos? En el siglo XIX hubo las luchas entre liberales y conservadores en el campo político, comercial, moral. Aunque hubo avances, muchas de nuestras repúblicas no dieron el salto o, si lo hicieron, más tarde dieron el salto contrario. A finales del XIX y comienzos del XX, cundió el positivismo, ese socialismo científico que arrebató a los liberales el idealismo y se convirtió en una serie de dictaduras llamadas progresistas. El siglo XX fue el siglo del populismo en América Latina, un populismo, hay que decirlo, de izquierda y derecha, que impidió a la región en su conjunto aprovechar los interregnos democráticos entre dictadura y dictadura. Pero también fue el siglo del liberalismo enfrentado a todas las formas autoritarias de poder, defendiendo la tolerancia en las relaciones entre personas, y entre el poder y la ciudadanía; la propiedad privada como pilar de los derechos económicos; la globalización como superación de fronteras en pos de la libre circulación de ideas, capitales, bienes y algún día personas, y la protección del individuo frente a los poderes amenazantes.

En algunas partes y momentos, esa causa tuvo éxito parcial; algunos países, Chile entre ellos, exhibieron logros. Pero esa no fue la norma, sino la excepción. Ahora que el colapso de los regímenes populistas está en marcha, como ha quedado comprobado con los grandes triunfos de sus adversarios en Argentina y Venezuela, y que allí donde el populismo pretende regresar la sociedad civil le opone resistencia, pasemos a la ofensiva y logremos que nuestros nietos y bisnietos digan que hicimos del siglo XXI el siglo de la libertad.

